

3. SECCIÓN DE CIENCIAS FILOSÓFICAS

EL MESÍAS, DE JORGE FEDERICO HAENDEL

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Alfonso López Quintás*

I. PRESENTACIÓN

Quiero presentarles una gran obra de la cultura europea: *El Mesías* de Jorge Federico Haendel (1685-1759). Me complace especialmente esta tarea de resaltar el valor de las obras cumbre. Podemos imaginarlas como los picos que marcan la altura a que llegó una gran cordillera. Al escalarlos, vemos por dentro la potencia creadora de una cultura.

En los distintos cursos universitarios que tuve ocasión de realizar en diversos lugares eché de menos que no se nos introdujera de lleno en estas obras que condensan y coronan largos periodos de crecimiento y marcan el comienzo de otras andaduras culturales.

El Mesías pertenece a un tipo de obras que suelen denominarse con el nombre de «Oratorio». Este nombre alude a los templos que San Felipe Neri (Florencia 1515-1595) consagró a la tarea de unir una cultura refinada y profunda con una acendrada religiosidad católica. Para ayudar a la comunidad católica de Roma, organizaba en su iglesia de Roma unos encuentros para llenar las largas tardes de los domingos con obras musicales de gran aliento. Compositores de calidad como Jacomo Carisimi (n. 1605) colaboraron en esta empresa, con obras como *Il oratorio della sma Vergine, Jefeé, Jonás, El juicio de Salomón, David y Goliat...* Desde entonces, ciertas obras musicales para coro y orquesta de gran formato y profundidad religiosa, y estructuradas a base de coros, arias, recitati-

* Sesión del día 22 de marzo de 2022.

vos, al modo, por ejemplo, de las Cantatas de Bach, se las llamó «oratorios». Pensemos en obras como el impresionante *Elías* de Félix Mendelsohn Bartoldy.

Origen y realización de la obra

Dado el carácter altamente pedagógico de estas reuniones dominicales, se concedía suma importancia no sólo a la calidad de la música, sino también y a la par a la profundidad del texto religioso. Por eso debemos matizar el relato que se cuenta, a modo de leyenda, respecto al origen de la inspiración que movió a Haendel a componer *El Mesías* de modo excepcionalmente rápido y profundo. Se cuenta, como sabemos, que, en una época de sequedad como compositor, Haendel, un día, al caer de la tarde, salió de casa a pasear sin rumbo por las callejas del viejo Londres. De repente, se detuvo ante una casa en la que alguien cantaba una canción sobre El Salvador. Toda la historia del Mesías se agolpó en la mente de Haendel, que volvió a su casa, se puso al trabajo inmediatamente y en 21 días de esfuerzo sobrehumano compuso esta magna obra. Exactamente, comenzó el 22 de Agosto de 1741 y terminó el 12 de septiembre del mismo año.

Lo primero es muy posible que sucediera, porque entonces solía cultivarse en familia la buena música. Y también lo siguiente, pero con una salvedad. No es verosímil que Haendel se haya puesto al trabajo inmediatamente. Lo más seguro es que llamara enseguida a uno de sus libretistas y se pusieran ambos, diligentemente, a trazar la estructura de la obra. Escogió a Charles Sennens, seguramente por su amplio conocimiento de la Sagrada Escritura.

Ambos decidieron no crear un relato sobre la vida de Cristo, como hizo genialmente Bach en el *Oratorio de Navidad* y en las dos *Pasiones* –según San Mateo y según San Juan–, sino algo todavía, si cabe, más elevado: un «cuadro de meditación» sobre la obra redentora del Salvador, una visión global de lo que tal obra colosal implica, desde las primeras predicciones del gran profeta Isaías hasta la transformación que experimentarán todos los creyentes cuando acontezca la «segunda venida» del Mesías, al final de los tiempos.

Esa labor de estructuración de la obra la realizaron sin duda alguna Haendel y Sennens con gran empeño. Los compositores de obras religiosas cuidaban mucho la selección de los textos bíblicos –en cuanto a su contenido y a su estilo– porque eran conscientes de que la integración de texto y música juega un decisivo papel en toda obra que aspire a lograr altas cotas de calidad.

Complementariedad de texto y música

Sabemos que hubo una polémica en la Historia de la Música en torno a la primacía del texto sobre la música o viceversa. Mozart opinó que lo decisivo con mucho es la música, capaz de superar la mediocridad de muchos textos.

Pero, aparte de tal polémica, su intuición permitía a los buenos compositores adivinar que lo decisivo es la integración de ambas esferas culturales: la literaria y la musical. Subrayo el término «integrar» porque la unión de música y texto no se reduce a una mera «suma»; implica un intercambio de posibilidades expresivas, que da lugar a una realidad nueva, originaria. De hecho, para componer sus *Lieder*; autores de la categoría de Mozart, Beethoven, Schubert, Hugo Wolf y Schumann recurrieron a grandes poetas alemanes, como el mismo Goethe, y consiguieron obras de la más alta calidad.

En la Estética musical de nuestros días se subraya con decisión que la valoración adecuada de una obra musical, tanto profana como sacra, exige la comprensión plena de *todos* sus elementos expresivos. Cada día se me hace más claro que los oratorios y toda la música de ópera no se pueden comprender a fondo sin una buena comprensión del texto.

Como no podía ser de otra manera, Juan Sebastián Bach pensaba lo mismo. Por eso encargaba a unos niños que repartieran por las casas de los feligreses el texto de las cantatas que se iban a cantar –y a rezar– en el domingo siguiente. Las autoridades de Leipzig solían ordenar que los días festivos se cerraran las puertas de la ciudad para crear en ella –ordinariamente bulliciosa– un clima de sosiego. En este clima de recogimiento, se interpretaban por tres veces, comenzando al alba, las cantatas propias de cada día litúrgico.

Bien convencido de esta fecunda alianza de música y texto, el gran cultivador de la ópera alemana que fue Richard Wagner escribió él mismo los libretos de sus obras para asegurar que éstas iban a llevar a cabo la alta función formativa a la que él aspiraba.

II. DESCRIPCIÓN¹

Debemos oír y vivir esta obra de modo relacional, cada parte vinculada a las demás, o mejor: *integrada* con ellas, que es la forma máxima de unión. También aquí sucede que las partes no se suman, se *integran*.

1. El que escribe una obra sobre la labor redentora del Mesías y comienza con la expresión «Confort je! My people» (Consolad a mi pueblo, dice el Señor, porque el tiempo de la desgracia ha pasado y su iniquidad ha sido perdonada) conoce bien al pueblo hebreo, cuya parte más representativa se pasó durante siglos esperando la «consolación de Israel».

¹ Los números en negrita corresponden a los números de la partitura.

A partir de esta tierna exhortación de Jahwé a su pueblo, todo estará perfectamente medido hasta llegar, en la Tercera Parte, a confesar la fe en la resurrección de Cristo del sepulcro y la de todos los hombres en el último día, en el cual Cristo será el gran Consolador.

«Consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios;
hablad tiernamente a Jerusalén,
y anunciadle que su lucha ha terminado,
que su iniquidad le ha sido perdonada.
He aquí la voz de aquel que clama en el desierto:
Preparad el camino del Señor,
enderezad una calzada en el desierto
para nuestro Dios» (Isaías 40, 1-3).

Esta traducción, usada durante siglos, deberemos cambiarla: Mi profesor de hebreo, un docente de la Universidad de Tel Aviv, me dio razones filológicas muy válidas para cambiar la puntuación de esta forma:

«He aquí la voz de aquel que clama:
En el desierto preparad el camino del Señor,
enderezad una calzada en el desierto
para nuestro Dios».

Si queremos descubrir la intrahistoria del pueblo hebreo, debemos conocer lo que es la vida en el desierto, vida nómada, con la tienda a cuestas, por caminos tortuosos. En ese desierto desolado y peligroso desea el Señor que preparemos un camino que nos permita caminar sin demasiados sobresaltos para el espíritu.

Se nos invita a una transfiguración, a seguir el camino que nos trazó Jesús con su vida y su muerte. El que sigue al Redentor por ese camino del alma vivirá, cuando el Redentor venga el último día, el gran misterio de la resurrección de los creyentes a una vida eterna., incorruptible.

A eso se debe que Haendel narre, con un sentimiento profundo, la muerte y la resurrección de Jesús, y las vincula inmediatamente con la resurrección de los muertos, en el último día.

El centro de este gran oratorio es «el misterio» del que nos habla San Pablo en la *Primera carta a los Corintios*, capítulo 15, vs 52-53.

Mirad, os digo un misterio: no moriremos todos, pero todos seremos transformados en un instante, en un abrir y cerrar de ojos al toque de la última trompeta; pues sonará la trompeta, y los muertos despertarán incorruptibles y nosotros seremos transformados, pues este cuerpo corruptible tiene que

revertirse de incorrupción, es decir: este cuerpo mortal tiene que revestirse de inmortalidad; y, cuando este cuerpo corruptible se revista de incorrupción y este cuerpo mortal se revista de inmortalidad, entonces será realidad este texto de la Escritura:

La muerte quedó absorbida en la victoria;
«¿Dónde está, muerte, tu victoria?» (Isaías 25, 8).
«¿Dónde, muerte, tu aguijón?» (Oseas 13, 14).

Bien vista y vivida, esta obra no se limita a ofrecer una selección de textos bíblicos; nos presenta las verdades esenciales de la fe cristiana con una concisión y un vigor raramente igualados anteriormente. No se reduce a un relato pormenorizado de un acontecimiento como el nacimiento de Jesús o su pasión y muerte, al modo del *Oratorio de Navidad* y las dos grandes *Pasiones* de Bach. Nos da una visión *muy potente y expresiva de la concepción cristiana de la redención operada por Cristo Jesús*.

Se resaltan varias ideas bíblicas

Por eso destaca la obra desde el principio dos ideas bíblicas decisivas: la *consolación de Israel* y la *gloria de Dios*:

4. «Y se revelará la gloria de Dios y todos los seres juntos le verán, porque la boca de Dios lo ha dicho» (Isaías 40, 5).

Esta palabra bíblica se vincula a otra de primer orden: la luz. Por eso, tras anunciarnos con un texto del profeta Isaías (7, 14), vinculado a Mateo (1, 23), que una Virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel, Dios con nosotros, el coro canta un texto de Isaías:

«Levantaos, resplandeced, porque la luz ha venido y la gloria del Señor se alza sobre ti» (Isaías 60, 1).

8. A estas tres ideas bíblicas se une la gran noticia que adelanta Isaías de que

«Nos ha nacido un hijo que reinará sobre nosotros y será maravilloso, consejero, Dios poderoso, padre eterno, príncipe de la paz» (Isaías 9, 6).

En esta noticia se enlazan e integran las tres grandes ideas bíblicas antedichas: la consolación, la luz y la gloria.

12. De repente suena una «Pifa», una melodía pastoril muy sencilla que crea todo un ambiente digamos navideño, con sus figuras típicas, los pas-

tores y los ángeles. Aquí todo va a ser ahora *luz, brillantez, alegría celeste*, unida a un santo temor o sobrecogimiento; es decir, en una palabra: *gloria*, la gran palabra bíblica, que en alemán se suele traducir por *Herrlichkeit*, que implica las ideas de *luz, brillantez, grandeza*.

13. «Y he aquí que el ángel del Señor vino a ellos y la gloria del Señor brilló a su alrededor, y ellos tuvieron un gran temor» (...).

Y de repente había con el ángel una multitud del ejército celestial, y alababan a Dios, diciendo: Gloria a Dios en lo más alto y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad» (Lucas 2, 9; 2, 13; 2, 14).

Se anuncia la venida de Jesús a la tierra y se describen de manera muy precisa todos los bienes que nos traerá, pero luego se nos ofrece como tema de meditación la forma en que se nos va a tratar. Jesús asombrará a las gentes con sus milagros, pero Él nos tratará como un pastor que alimenta a su rebaño. Ésta es la cuarta gran idea bíblica: la *ternura* de Dios para con los hombres.

Haendel sabe expresar a perfección lo grandioso y lo íntimo pastoril (Isaías 40, 11 y Mt 11, 28).

17. «El alimentará a su rebaño como un pastor y juntará los corderos con sus brazos y los llevará en su regazo y conducirá amablemente a los más débiles. Su yugo es llevadero y su carga ligera» (Isaías 40, 11; Mt 11, 28-29).

Este punto 17 introduce una figura que se haría simbólica y distintiva para los cristianos de los primeros tiempos. Al rehuir la figura de la cruz, por serles insufriblemente aversiva, recurrían a la figura del buen pastor y a la de los peces.

SEGUNDA PARTE

19. La obra nos sumerge de lleno en la Pasión con este anuncio del apóstol Juan: «He aquí el cordero de Dios que quita los pecados del mundo». La palabra «Cordero» es una palabra que vincula por dentro el Antiguo y el Nuevo Testamento de los cuatro evangelistas y del Apocalipsis de San Juan Evangelista. Un aria de soprano y de contralto nos inserta de lleno en lo más alto del talento musical y en lo más hondo del dolor a que Cristo se sometió voluntariamente.

Todo el genio del autor que hace un instante nos elevaba a la gloria cantada por los ángeles, ahora nos hace vivir esa caída enigmática de Jesús en los sótanos de la humillación y el tormento. Los textos de Isaías dan a estos pasajes un largo alcance. Constituyen un himno al varón de dolores. Es el eje

de toda la vida y la obra de Jesús el Salvador, y constituye uno de los pasajes más brillantes de la obra, a pesar de la adustez del momento.

20. «Él fue despreciado y desechado por los hombres. Un hombre de dolores y experimentado en desdichas» (Isaías 53, 3).

«Ofreció la espalda a quienes le golpeaban y sus mejillas a los que le tiraban del cabello. No ocultó su cara a la humillación y a los salivazos» (Isaías 50, 6).

21. «Ciertamente, Él ha cargado con nuestras desdichas y asumido nuestros dolores. Fue herido por nuestras transgresiones y magullado por nuestras iniquidades: El castigo de nuestra paz cayó sobre Él» (Isaías 53, 4-5).

22. «Y por sus llagas todos hemos sido sanados. Todos, como ovejas, nos hemos extraviado, cada uno se ha ido por su camino. Y el Señor ha cargado sobre sí la iniquidad de todos nosotros» (Isaías 53, 6).

La predicación y la Iglesia

Jesús, en la tierra, preparó a los apóstoles para que transmitieran su memoria y su doctrina, y consolidaran su Iglesia. Haendel nos ofrece otro tema de meditación:

34. «Qué hermosos son los pies de aquellos que predicán el evangelio de la paz y que dan la grata noticia de la Buena Nueva» (Isaías 52,7 y de Pablo, Rom 10, 15).

Los apóstoles, con la fuerza del Espíritu Santo, predicaron la venida del Reino de Dios por todo el mundo entonces conocido, y fueron consolidando la Iglesia y su fe, que adquirió una expresión tan enigmática como grandiosa en el Apocalipsis del águila de Patmos, el autor del cuarto evangelio, el más teológico de todos, destinado sobre todo a cantar la gloria de Dios y de su hijo.

Al contemplar la grandeza de la Iglesia, a la luz que irradia el Apocalipsis, con su visión de la segunda venida de Cristo y la transfiguración de todos los que han muerto en Cristo, el coro rompe a cantar con todo su poder expresivo, con palabras tomadas del mismo libro (Apocalipsis 19, 6; 11, 5).

39. «Aleluia. Porque el Señor Dios Omnipotente reina. Los reinos de este mundo se han convertido en el reino de nuestro Señor y de su Cristo. Y el reinará por todos los siglos. Rey de Reyes y Señor de señores Aleluia.» Es digno de notar que desde tiempo inmemorial los hebreos expresaron su alegría espiritual con dos palabras «alelu» y «ia», que, unidas, significan «alabemos a Dios».

TERCERA PARTE

La última parte de esta obra de consolación está dedicada a la gran esperanza que transmite San Pablo a los cristianos de su tiempo, agobiados por las persecuciones incipientes (1 Cor 15, 52-53).

Esta creencia inspira la famosa aria de la soprano:

40. «Creo que mi redentor vive y que aparecerá, en el último día, sobre la tierra, y aunque los gusanos destruyan mi cuerpo, yo, en mi carne, veré a Dios» (Job 19, 25-26).

En el sepulcro de Haendel (en la parte derecha del transepto de la Abadía de Westminster, lugar escogido por él mismo) figura este lema sobre la pared: «Creo que mi Redentor vive...».

Por eso con San Pablo podemos increpar a la muerte vencida y decir confiados, aun en tiempo de persecuciones: «¿Dónde está muerte tu agujón?» (44b, 46). «Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?» (Rom 8, 33-34).

47. Al final, la obra entona un himno al Cordero que nos redimió con su inmolación. Los autores se inspiraron en el capítulo 5 del *Apocalipsis*. Oigamos atentamente las palabras de este capítulo y veremos cómo Haendel, sin cambiar apenas el texto, saca de él una inmensa fuerza. Asume el ritmo de la narración y lo eleva a una altura expresiva sin igual hasta entonces. Nos cuenta que un coro inmenso de ángeles y de hombres exclaman con voz potente:

«El cordero inmolado es digno de recibir el poderío, y la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la bendición».

«Al que está sentado en el trono, y al cordero la bendición, el honor, la gloria y el poder por los siglos de los siglos» (Apoc 5, 12-13).

Oigan y admiren la enorme fuerza expresiva que logra Haendel al expresar con su música de estilo fugado el entusiasmo de los creyentes ante el triunfo final que Juan Evangelista predijo para quienes han seguido fieles al Señor. Este final grandioso es la mejor manera de transmitirnos la forma de *consolación* que se nos prometió desde el principio de la obra y se concede con creces a quienes han reconocido y vivido qué grande es el misterio de nuestra fe.

La palabra «amén» –que significa *así es, así sea, de acuerdo*– cierra la obra con una potente expresividad, para afirmar la veracidad y la grandeza sin igual de nuestra fe. Supone el reconocimiento por parte del creyente de que ha

vivido en cuerpo y alma todo el proceso de transfiguración proclamado anteriormente.

En su grandiosa *Pasión según San Mateo*, el contemporáneo de Haendel Juan Sebastian Bach (1685-1750) se despide del Señor que reposa en el sepulcro con unas palabras de despedida, consolado por la certeza de la próxima resurrección. En *El Mesías*, Haendel concluye la obra con un himno sobrecogido a la gloria que rodeará a nuestro Redentor en su «segunda venida», en la cual todos sus seguidores serán transformados y pasarán a un estado de inmortalidad. El impresionante coro final revela la alegría profunda e inmensa que nos infunde la creencia en la «resurrección de la carne».

El Mesías proclama bien alto que el Apocalipsis o revelación no es «el libro de la gran catástrofe», como a veces se piensa, sino el de la firme esperanza en la victoria final del Cordero inmolado por redimirnos.

Actualmente, *El Mesías* es presentado en el tiempo litúrgico navideño, como una especie de himno de alegría por el nacimiento de Jesús. En realidad, bien visto, tiene su lugar propio en la gran semana por antonomasia santa, donde celebramos el Misterio Pascual. De todos modos, se adapta muy bien al espíritu navideño, por su carácter esperanzado y jubiloso.

